

JESÚS, EL HOMBRE NUEVO

Mientras nos acercamos con grandes esperanzas y grandes temores al fin del segundo milenio del cristianismo (faltan diecisiete años...), percibimos que Jesús, con su predicación de amor universal, con sus palabras de perdón, con su oración y entrega total al Padre, sigue actuando en la historia.

Jesús es el hombre nuevo. Es el que viene, como un nuevo Adán, a recrear la humanidad. El hombre viejo es rescatado por Jesús que, a partir de Él, puede acceder a ser el hombre nuevo para nosotros.

Intentemos una renovación recordando que hay en Dios una *pasión por el hombre*, que se transformó en *pasión de Cristo*.

Y esto nos urge a abrirnos a la confianza y reafirmar cada día la fe en este espléndido amor de Dios llamado Jesús, que vino para *hacer nuevas todas las cosas*.

¿Qué significa el título de este artículo? Pues bien, implícitamente nos está diciendo que hay un "hombre viejo" y que en Jesús se da una novedad que antes de Él no existía.

¿Cuál sería esa novedad? ¿Podemos acceder a ella, o es algo que está reservado sólo al Señor, a título personalísimo?

En primer lugar, y sin intentar agotar todas las facetas de Cristo como hombre nuevo y como modelo para el joven de nuestro tiempo, podremos decir todo lo que Cristo *no fue*: sin necesidad de añadir nada más, surge quién fue Él y quiénes somos nosotros, con todas las posibilidades de cambiar de vida, pues no estamos afincados en el mal ni en el error ni en el defecto ni en el pecado.

¿Cómo fue Cristo, hombre nuevo?

Cristo fue fuerte, paciente y causa de alegre esperanza.

Cristo fue el prototipo de orante y causa de buena oración.

Cristo fue manso, humilde de corazón y fácil para perdonar.

Cristo fue el mejor trabajador.

Cristo fue el justo, muerto a causa de nuestra injusticia.

Cristo honró a sus mayores.

Cristo fue inocente y limpio de corazón.

Cristo fue el pobre que no tenía dónde reclinar su cabeza.

Cristo fue la Verdad de Dios en medio de los hombres.

Cristo fue el enamorado de los hombres, comprometido por amor.

¡Qué terrible! Estoy tentado de pararme aquí y no seguir leyendo ni una sola letra más, porque todo lo que Cristo es, no lo soy yo...

Pero... ¿es ésta una verdad irreversible? ¿Soy incapaz de cambiar esta estado de cosas? ¿Está mi vida empantanada y nada puedo hacer al respecto?

Gran tentación: desesperar...

Gran proyecto al alcance de mi mano (pues Jesús se ha puesto al alcance de mi mano...): confiar.

Lo que yo no puedo hacer, Él sí lo puede.

Pues bien: con un proyecto de Cristo-hombre nuevo ante mis ojos, vayamos recorriendo nuestros propios pasos personales, los que damos(o los que dejamos de dar...) cada día.

Veremos que no estamos muy nuevos ni muy brillantes. Pero la constatación de un bautizado es que debe vivir -día a día- su Pascua, su "paso" en el que deja atrás sus Egiptos personales. Ingresa en las arenas calientes del desierto y, si es fiel a la fidelidad de Dios, entrará en la Tierra prometida.

¡Manos a la obra! ¡Recorramos nuestras vidas, sin temor y con esperanza!

Soy un hombre viejo: me dominan el desaliento y la tristeza

Yo jamás diría que no soy católico. Más de una vez, por ser un cristiano, he dado consejos buenos a mis amigos y compañeros: **-¡No te portés así... Sé fuerte... No te ahogues en un vaso de agua... Ya pasará... Cambiá la cara... Tenés que luchar... Rezá,,,!**

Sí... He sabido dar todos los consejos que en estas ocasiones hay que dar. Pero, ahora me toca aceptar como valederos lo que otros, bondadosamente, me dan a mí.

¡Ando mal! ¡No tengo ganas de nada! Soy joven y me siento cansado. Tengo pocas fuerzas. Soy un flojo y un pusilánime. Me rindo antes de que comience la pelea. Soy como uno de esos equipos que salen a la cancha cuidándose por no perder, pero sin fuerzas para ganar.

No es que deba considerarme un *superman*, porque tal postura no es ni humana ni cristiana. Pero lo que sí podría hacer es confiar en la fuerza de Cristo que, sin lugar a dudas, sufrió más que yo y tuvo más motivos para perder el ánimo (cosa que no ocurrió).

Cuando estoy en estas situaciones, me invade la tristeza. Me vienen ganas de huir a cualquier lado y ponerme a llorar. A nada encuentro sentido. El otro día leí un texto de san Pablo, creo que a los filipenses, donde les decía: **-¡Alégrense siempre en el Señor!**

Lo que creo que me pasa es que no puedo alegrarme mucho, porque estoy poco "en el Señor..."

• Cristo-hombre nuevo vino para vencer mi tristeza, con su buena Nueva de alegría. A mí que no me vengan con obligaciones de este género. Dios sabe lo que me hace falta, sin que le cargue sus oídos con mis palabras.

¿El domingo? Ser ha hecho para dormir bien, para dar un buen paseo, para ir al cine, al fútbol..., para salir con la novia. Pero eso de "la misa" es bastante aburrido, A mi abuela le gusta mucho y no se pierde ni una. Por eso yo le digo: **-Nona... Andá vos por mí... Yo voy a misa cuando tengo ganas, y eso ocurre de tarde en tarde. Es verdad que nunca me he preguntado qué habría pasado si mi viejo hubiera ido al trabajo sólo cuando tenía ganas, o si la mamá no se levantara todos los días, preparara el desayuno para todos, fuera a hacer las compras...**

Sí... Me doy cuenta de que hay otros criterios superiores a las "ganas", pero rezar e ir a misa son "un plomo" terrible. No les encuentro sentido. A mí me gusta entrar a la iglesia y rezar solo, cuando no hay nadie. La gente me molesta y los cantos..., son siempre los mismos.

- Cristo-hombre nuevo vino para vencer mi ignorancia, mi individualismo, el abuso que hago de Dios, yendo a Misa cuando "necesito" algo, y no para adorarlo y darle gracias.

...!

Soy un hombre viejo: vago y perezoso...

-Nene..., ¡Andá Soy un hombre viejo: mis rabias duran mucho y me cuesta perdonar

-Sí... No insistás... Ya sé que no hay motivo para tanta bronca, pero... ¡yo soy así!

Pareciera ser que ese "yo soy así" fuera una ley inmutable, sin posibilidad alguna de cambiarla. "Yo soy así", pero... "el otro es así" y el otro... y el otro... ¿Qué pasaría (¿qué nos pasaría?) si cada uno dijera "yo soy así" y no diera el brazo a torcer ante nada? Nos ahogáramos en nuestras propias rabias y rabietas, en nuestros mil enojos. Por supuesto que cada uno de nosotros no se engaña y sabe que sus rabias "traen cola": insultos, injurias, gritos violentos y, más de una vez, "la sangre llega al río! Y lo que la razón no pudo arreglar, intentamos solucionarlo con los puños.

***-Sí... Es verdad que no hay motivo para tanto lío, pero... ¿qué querés? ¡Yo soy así!
Además, vos bien tenés que reconocer que el otro tuvo la culpa...***

Siempre es *otro* el que tuvo la culpa., como en los viejos tangos: ¡la vida me hizo mal! Nunca asumo la realidad personal de mi Yo como sujeto de mi obrar. Siempre hay un chico emisario: *el otro*. Es muy cómodo que ese "otro" exista. Además, como "el otro" tuvo la culpa, si quiere que nos arreglemos, que venga, me dé explicaciones y veremos si lo perdono.

- Cristo-hombre nuevo, manso y humilde de corazón, de cuya boca no salió palabra hiriente, vino para vencer mis odios grandes y chicos, para ablandar mi corazón encallecido, para ayudarme a perdonar esas "setenta veces siete" de que me hablan los evangelios. me obsequiaron. Vino para sacarme temprano de la cama, porque el día, *su día*, ha llegado y el sol ya está alto.

Soy un hombre viejo: no soy justo con mi prójimo

¿Qué es ser justo? Hacer al otro lo que quiero que el otro me haga, y no hacer al otro el mal que yo no quisiera sufrir en mí- Ésta es "la ley de oro" de la justicia. Pero, más de una vez, hacemos regir "la ley del embudo" (= lo ancho para mí lo angosto para vos...). Muchas

veces somos injustos y esto se expresará en todo el mal que hacemos a los demás, siendo así que nosotros somos incapaces de padecer la más leve injuria. Admitimos que podemos ser injustos y esperamos que nos toleren, que nos tengan paciencia, que nos esperen...

*¡Ya cambiaremos a estudiar! ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?
-Hijo, todo lo que te pedimos es que hagás algo, que estudiés... Nos conformamos con eso... Es por tu bien...*

¡Cuánta tristeza al ver a tantos padres y madres con la misma historia! Sí... Es la historia de cientos de muchachos y chicas de nuestras calles, de nuestro tiempo.

-Bueno... No exageren... El año pasado me llevé siete materias y las aprobé todas. ¿Para que hacer, entonces, tanto escándalo?

Si esto sucede cuando chico o joven, al llegar a adulto podrán decir de mí que lo único que hago es sombra...

Aquí hay algo que decir -sin demagogia alguna- respecto a muchos jóvenes. Algunos dirán que "lo mejor que tenemos, es la juventud". Cuando escuchen esa sirena, idesconfíen: los quieren estrellar contra las rocas o les quieren pedir algo..., un voto, una adhesión..., que compren tal o cual cosa!

"La juventud" es algo tan amplio como para calificar genéricamente a los jóvenes de buenos o malos, vagos o estudiosos. Lo que sí sé es que el joven en edad estudiantil es un profesional, como otros. Cuando le preguntan: *-¿Profesión?*, rápidamente responden: *-Estudiante*. Y es verdad. Ésta es su principal ocupación. Lo malo sería constatar que no se ocupa de estudiar. ¿Qué se diría en ese caso? Que es un mal profesional, con el añadido de que defrauda a sus padres en dinero e ilusiones, quitándoles indebidamente el sueño y, en verdad, "sacándoles canas verdes".

- Cristo-hombre nuevo, fue un hombre de trabajo. Se ganó el pan con sus manos y no vivió "de arriba" (aunque sí "de lo alto"). Se encarnó en mi mundo para que yo aprendiera de Él y no perdiera el tiempo, esas horas irrepetibles y valiosas que Dios me regaló para que multiplicara en ellas mi talento. Vino para que supiera que debo devolver a los demás -con espíritu social y solidario- lo que circunstancias privilegiadas ara lo que soy verdugo. Es verdad que el que a hierro mata, a hierro muere. Y eso nos sucederá cuando seamos capaces de ver la paja en el ojo ajeno e incapaces de ver la viga en el ojo propio. ¡A buen entendedor...!

Cristo-hombre nuevo, no vino para pasar una capita de barniz sobre mi vieja condición. Vino para cambiarlo todo y ponerlo patas p'arriba... No vino simplemente para retocar nuestra "injusta justicia", sino para dar nacimiento a *otra justicia*: la de Dios, la que no juzga (¡Qué paradoja: una justicia que no juzga!), y que termina *siempre* en sentencia absolutoria para el reo, con la única condición de reconocernos que somos culpables y que Jesús no lo es.

En la justicia de Dios (¡qué distinta de la nuestra!), los culpables reciben el perdón.

Soy un hombre viejo: no honro a mi padre ni a mi madre

Honrar al padre y a la madre es uno de los mandamientos de la Ley de Dios, y está inscripto en la naturaleza de mi ser: porque soy hijo, debo honrar a quienes me dieron la vida, estableciendo conmigo relaciones de paternidad y maternidad. Si soy buen hijo, tendrán que nacer relaciones de filiación. Pero... ¿soy buen hijo? ¿Honro (= doy honor) a mis padres? En más de una ocasión, nuestra honra será teórica, o sea que jamás diríamos que no les tenemos aprecio, pero... en los hechos, ¿qué sucede? Yo, como sacerdote, estoy metido en la vida de las familias y quiero saberme miembro de los hogares que frecuento. Hay una queja más que 3 frecuente: *-Padre, tenemos un problema. Nuestro hijo es irrespetuoso, agresivo, contestador... Hace lo que se le da la gana. No se le puede decir nada, porque comienza a gritar y a insultar...*

Ante esta descripción, uno creería encontrarse en una Clínica neurosiquiátrica, pero no es así... ¿O es así, queridos jóvenes?

La honra debe llegar hasta saber sufrir los posibles defectos de nuestros padres, de modo semejante a como ellos sufren las mil y una trapisondas con que los herimos a diario.

Nadie honra a otro en medio de gritos. Nadie honra al prójimo mientras lo insulta y lo maltrata.

Es verdad que, a su vez, los padres no tendrán que exasperar a sus hijos. Pero, ¡si supieran los hijos que es más fácil para ellos entender a un mayor que, para éste -con los impresionantes cambios de nuestro siglo- entender a los de temprana edad!

- Cristo-hombre nuevo, en todo estuvo sometido a sus padres y, mientras eso ocurría, crecía en gracia y en sabiduría, a la luz de Dios y de los hombres.

transformó a su madre en Reina. Ciertamente, María era muy especial.

Pues bien, que las nuestras sean "reina" con "r" minúscula, pero que lo sean.

En el hogar, los padres ocupan el lugar de Dios, nuestro mejor pedagogo. La docilidad no es estupidez, ni la obediencia, rastrerismo. No se pierde "la personalidad" siendo mando y obediente: todo lo contrario nos demostró este nuevo Adán que es Cristo Señor, humillándose ante sus mayores y ante sus iguales.

Es evidente que tendremos que fusilar nuestro orgullo y soberbia...

Soy un hombre viejo: no hay pureza en mi corazón

La sagrada Escritura nos habla del hombre carnal, que realiza "obras de la carne", y del hombre espiritual, que vive según la ley del Espíritu y cuyas obras de Él proceden.

Pues bien... ¿Cómo anda nuestro corazón? Si está sucio, "amará suciamente"..., si es que eso puede llamarse amor. Si está limpio, propagará esa limpieza al difundir el bien cordialmente.

Amar mal es lo mismo que odiar.

¿Cómo anda la temperatura de nuestro amor?

¿Qué entendemos por "amor"?

¿Tenemos buena inteligencia del amor o tergiversamos su sentido más hondo?

¿Creemos que la frase mundana "hacer el amor" es acertada? ¿No será ello una devaluación del amor, que debe siempre buscar el bien *para el otro*, sin robarle sus dones?

¡Cuánto tenemos que aprender! La bondad y la malicia de cada uno de nuestros actos está más atrás, en el tiempo, que el acto mismo. Nace de nuestras intenciones. Jesús nos dice que quien desea maliciosamente a una mujer, adultera..., aunque sólo la desee con los ojos...

Más de una vez, a la "mirada sucia" sigue "la mano sucia" y aquello que Dios hizo para que fuera "templo del Espíritu" -nuestro cuerpo de carne y hueso- se convierte en prostíbulo.

Pensémoslo bien..., sin engañarnos...

- Cristo-hombre nuevo, limpio de corazón, virgen de cuerpo y de alma, nos llama a seguirlo. Hemos sido convocados para vivir en libertad, pero sin que esa libertad sea pretexto para satisfacer los deseos de la carne.

El hombre nuevo, Cristo, nos pide que glorifiquemos a Dios en nuestros cuerpos.

Soy un hombre viejo: me gusta el dinero y la ostentación

-¡Sí... ya lo sé! No me repita la misma historia, pues conozco los evangelios... Ya sé que Cristo dijo que no se puede servir a Dios y al dinero. Sé muy bien que es más difícil paraban rico entrar en el reino de los cielos que para un camello pasar por el ojo de una aguja.

También sé que el Señor se entristeció cuando el joven rico, amado por Él, no lo siguió

-Lo que pasa es que usted no me entiende: ¡Yo necesito plata! Tengo mis gastos... Tengo una chica y me gusta invitarla. Fumo. Me gusta el cine, ir a bailar...¡Nadie puede vivir sin dinero!

Entiendo todo lo que puedan decirme, pero... el Señor te quiere pobre, y los pobres viven como pobres. Vos tenés que dar ejemplo de que *lo único* que importa es Cristo y que, frente a Él -nuestra riqueza y nuestro tesoro- lo demás es paja...

-Pero, Padre Héctor...

Sabemos que mil "peros" pueden surgir como hongos de nuestros labios (o de nuestra inteligencia...). S in embargo, queda en pie el hecho de que debemos dar un testimonio inequívoco de sobriedad, más aún en

nuestros tiempos y en nuestras tierras. No podemos ser hombres superficiales que se afinquen en lo superfluo.

¿La ostentación? ¡Puro humo! Un globo que vuela muy alto, pero lleno... de aire.

Sé y muy bien que no se trata de "vivir en la miseria", sino de discernir, con delicadeza grande, qué vale y qué no vale...

- Cristo-hombre nuevo, nacido en un corral de animales, no tuvo ni una piedra donde recostar su cabeza. Nació pobre. Vivió pobre. Murió pobre. Su riqueza somos nosotros.
¿Desperdiciaremos la riqueza de Cristo, dilapidando y dilapidándonos...?

Soy un hombre viejo: miento a cada rato y sin motivo

Nunca hay "motivos" para mentir (no creo en las mentiras "piadosas"), aunque a veces sea comprensible que alguien mienta. De cualquier modo, queda en pie que toda mentira atenta contra un recto orden de cosas que sólo puede regirse por la verdad.

Cristo es Camino y Verdad. ¿Qué sucede cuando mentimos? Expresamos al exterior -equivoca o falsamente- lo que nuestra inteligencia propone de otro modo. Hubo incoherencia entre nuestra razón y nuestra palabra: *y eso es siempre malo.*

Con frecuencia la mentira sale de mi boca "como si nada". ¡Me acostumbré! Miento, de la misma manera que insulto a un compañero de juegos cuando practico deportes. Sigue en pie la malicia del hecho. Y si no, contestemos... -¿Nos gusta un mentiroso a nuestro lado? ¿Nos guata que nos mientan? La respuesta cae de su peso...

Cristo dijo: *-Que tu sí sea sí, y tu no, no.* No tengamos dos caras. Nadie miente si ha obrado el bien. La mentira es el disfraz con que intentamos tapar algo malo: me fue mal en el Colegio pero a mis padres, les diré otra cosa, total... después levantaré la nota. Le diré a mi novia que hoy no puedo salir porque tengo que estudiar en la casa de un compañero (En verdad, me invitaron a una fiesta a donde no quiero llevarla, porque hay otra chica que me anda gustando...). Le diré a mi mamá que no puedo ir hoy al Colegio, porque me siento muy mal, cuando -en verdad nada me pasa, salvo que sufro de "fiaquitis" en grado extremo.

Y así, la mentira puede atar cada nudo de mi vida, allí donde podría y tendría que haber existido una verdad.

- Cristo-hombre nuevo es "contestatario" del Maligno, padre de la mentira. Jesús es la gran Verdad que el mundo necesitaba y que se expresará en cada una de las verdades que nosotros manifestemos, como signo y participación del bien que ellas constituyen.

Soy un hombre viejo: "me borro" de la sociedad y me falta amor solidario

Es difícil comprometerse. Es fácil borrarse, desaparecer del mapa. ¡Que se arreglen los otros! ¿No esperarán que yo solucione los problemas del mundo, no...?

Por supuesto que nadie espera que, *solos*, solucionemos los problemas del mundo. Pero lo que sí debemos decir y decirnos a nosotros mismos, es que no vivimos solos, no amamos solos, no pecamos solos... Hay en los hombres solidaridad en el bien y en el mal.

Ante este hecho, los cristianos tenemos que ayudarnos a amar más y más solidariamente, y también a cargar con el peso del hermano, ayudándolo a salir de su pozo, pozo en el que posiblemente lo hayamos tirado nosotros.

No somos solidarios. Somos solitarios que "se cortan solos", queriendo aprovechar los frutos de la solidaridad del resto de la sociedad.

Hay en esta actitud un egoísmo grande y una falta de espíritu de cuerpo. Con frecuencia escuchamos algo así: -Padre..., yo no tengo ningún pecado *porque no me meto* con nadie... La respuesta es: -Hay un "meterse" indiscreto y los hay discretos, respetuosos del lugar que el otro ocupa. ¡Mala cosa es no meterse con nadie! Las islas "no se meten" con el continente... ¿Qué pasaría si mi sistema respiratorio dijera que nada tiene que ver con el circulatorio? La sangre no sería oxigenada y moriríamos, irremediablemente...

¡Tenemos que meternos los unos con los otros, los unos *en los otros*! Sus vidas deben interesarnos, a menos que nos sean indiferentes, y la indiferencia es un modo elegante y sutil de odio...

La comodidad, el cansancio o la cobardía harán que estemos tentados de huir, pero la solución no es ésa.

¿Viviremos alienados del hermano o "nos meteremos" con él?

- **Cristo-hombre nuevo, vino al mundo "para meterse con él", para "entrometerse" con él, en un intento de amarlo nuevamente, pues eso necesitamos: ser recreados como masa nueva...**

¡Soy un hombre nuevo: soy un bautizado!

La primera derrota del hombre viejo comenzó en mi bautismo. Es verdad que nunca termina de morir y, cuando creo que ya dio su último suspiro, sale pataleando por otro lado y con renovado vigor.

Sin embargo, Cristo-hombre nuevo, hombre de la Pascua, ha ganado el partido. Y lo ha ganado en nuestra debilidad y en nuestra pobreza.

En las aguas bautismales quedó ahogado el hombre viejo y, de esas mismas aguas, renació el hombre resucitado, a imagen de Cristo-Resucitado...

